SERIE II TEGUCIGALPA, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1894 NÚMERO 13.

# EL PENSAMIENTO.

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR, F. TURCIOS.

## FECHA INMORTAL.

Hoy es el aniversario de la gran fecha. Fecha inmortal cuyo recuerdo despide reflejos de luz brillante y tristezas de sombra: claridades de aurora y agonías de crepúsculo. Ella nos trae á la memoria el nacimiento de la patria gloriosa y la sangrienta reminiscencia de un gran crimen.

El año veintiuno flotaba al viento la bandera nacional, saludada por los aplausos de un pueblo libre; y el cuarenta y dos flameaba enlutada sobre el patíbulo del mártir de la Unión. Hubo un ¡hurra! sordo de los sepatistas retrógados: un grito formidable de indignación y de protesta lanzado por los buenos centroamericanos en la tumba del soldado liberal.

*

Por eso cuando oigo las marchas solemnes en este día, me parece ver al sentenciado por la ignorancia y el egoísmo marchar al suplicio entre las músicas fúnebres, con la frente levantada y el desprecio en la sonrisa. Y creo contemplar en el último instante la figura radiosa del noble guerrero, en cuyo cerebro chispeaban las más santas ambiciones, cuya alma había levantado un altar á la patria, no á ninguno de sus fragmentos, sino á toda ella, unida, fuerte y respetada.

*

Enmedio de las alegrías nacionales debe surgir en el pecho de todo buen cuidadano la imagen simpática y querida de Francisco Morazán, envuelta en crespones, triste por la desesperanza y la muerte de sus nobilísimos ideales.

F. TURCIOS.

15 de septiembre 1894.

## UN CASO RARO.

A MI AMIGO EL POETA FROILAN TURCIOS.

*

La mesa estaba llena de magníficos manjares y aperitivos licores.

Los comensales eran jóvenes alegres, estudiantes en su mayor parte.

Entre carcajadas y juramentos referían historias extrañas, espeluznantes, y tiernas aventuras amorosas.

Un mozo pálido, nervioso y rubio, no tomaba parte en la alegría general.

—¡Por Cristo, Pablo! ya me cansa tu mutismo—díjole su amigo Mariano.—¿Qué tienes?

—Nada

—¿Entónces?....

—Esta mañana me contaron una historia que mató mi alegría.

—¡Una historia sentimental!....Debe ser curiosa; vamos, refiérela.

Se llenaron y vaciaron las copas, y el joven rubio dijo:

***

"Acaba de morir un pobre muchacho, víctima de una de las peores infamias.

De familias pobres, pronto llegó, por sus méritos, á ocupar un buen puesto social.

Nació en un pueblo en donde no podía adquirir la instrucción que anhelaba, y tuvo que irse á la capital de la República á estudiar á un acreditado colegio.

Todos los años, el período de las vacaciones iba á pasarlo á casa de sus padres.

Allí estaba lo que más quería: su novia: una jovencita lindísima; corazón puro, alma angelical.

Entonces eran unos niños: él tenía catorce años, y ella doce; y los pícaros se amaban ya.

Muchas veces, durante las frías veladas, en presencia de sus padres, iba ella á sentarse sobre las rodillas de Arturo, y juntando sus cachetillos rosados con los de su novio, le preguntaba tiernamente:

—¿Verdad que serás mi maridito?

—Sí, vidita.

—¿Y nunca me olvidarás?

—No, almita.

Y la encantadora Virginia, satisfecha con estas respuestas, corría á dormirse en los brazos de su futura madre política.

Aquellos amores de dos niños fueron tomando cuerpo hasta llegar á convertirse en una pasión verdadera.

Al cabo de unos años, Arturo tuvo que irse á París, donde un pariente de su padre lo llamaba para que concluyera allí sus estudios.

Suspiros, lágrimas, dolores, todo esto presidió á su marcha, y él se fué llevándose promesas, juramentos, esperanzas, y en el corazón un amor eterno é invariable.

***

Por todos los correos que venían de Francia, recibía Virginia cartas de Arturo; cartas amantísimas, augurios de no lejana felicidad: en una de ellas le decía que dentro de tres años se recibiría de médico, para volar á ser su compañero inseparable.

Virginia lloró de felicidad.

Dos años pasaron, durante los cuales murieron los padres de Arturo; y al espirar el tercer año, hacían cuatro meses que Virginia no recibía cartas de su novio.

Decir lo que la pobre joven sufría con este olvido, no me es posible: los que aman, únicamente, pueden comprenderlo.

***

El pariente de Arturo, don Antonio, tenía una hija encantadora, rubia como una madona de Rafael, y ardiente como una andaluza. Esta joven, nombrada Cecilia, se enamoró locamente del apuesto Arturo; pero él nunca le dió muestras de amarla.

Cecilia fué presa de profunda tristeza y llegó á enfermar seriamente.

Don Antonio llegó á enterarse de todo; y desesperado quiso averiguar por qué Arturo no amaba á su hija. Un día cuando éste no estaba en casa, bajó el viejo al cuarto de su protegido: registróle los papeles, y por las cartas supo el amor del joven: un rato estuvo pensativo; al fin tomó una de las cartas, y salió de la pieza silencioso y grave: acababa de tramar una infamia.

Desde entonces, por más que Arturo escribía á su novia y familia, nunca obtuvo contestación á sus cartas; una, sin embargo, ana le llegó, que ¡ojalá nunca la hubiera leído!.... Era del padre de Virginia, participándole la muerte de su amada hija, su novia.

El dolor de Arturo fué inmenso, desesperado; y Cecilia lloraba con él.

—Mi vida está en tus manos—le dijo una vez la joven.

El se estremeció:

—Si lo deseas, seré tu esposo.

—¿Qué si lo deseo?....¡más que todo en el mundo!

Intervino Don Antonio; y Arturo le dijo:

—Me casaré en cuanto me reciba de médico y cirujano.

—Oh, no: para eso faltan seis meses: tú debes casarte dentro de quince días.

La pobre víctima accedió: la verdad, habiendo perdido á Virginia, poco le importaba á él lo demás.

Esta indiferencia favoreció á Cecilia, porque, merced á ella, pudo realizar sus más anhelados deseos, casándose con Arturo.

***

La pobre Virginia agonizaba lentamente.

Amor perdido, desesperanza; eso la mataba.

¡Qué lejos estaba aquel pasado dichoso!

¡Todo se había ido para no volver!

¡Adiós amor!

¡Adiós ensueños de felicidad futura!

¡Adiós cartas que alegraban la ausencia!

¡Ya nunca volvería á juntar sus mejillas con las de su amado!

¡Ni á oir palabras amorosas!

¡Ni á dormirse en sus brazos como cuando niña!

¡Cuán poco habían durado sus amores!

¡Cuán pronto se había deshojado la flor de su esperanza!

¡El negro olvido lo había borrado todo!

¡Y cambiado en llanto las risas!

¡Las flores en espinas!

¡La alegría en tristeza!

¡La dicha en amargura!

¡Su alma estaba consumida por el dolor!

¡Su corazón herido de muerte!

¡Sí, iba á morir!

¡Y morir sin saber qué había sido de él!

¡Morir sin volver á verlo!

¡Eso no podía ser!

Le dijo "¡adiós!" á todo aquello que quería; y, como pudo, partió para París.

Una vez allí, todo lo anduvo, por todas partes preguntó por Arturo, hasta que le dieron noticias de él; no hacían muchas horas lo habían visto.

—¿Con quién vive?—preguntó anhelante.

—Con su esposa—le contestaron.

.....

.....

***

Un día llegó Arturo á uno de los hospitales en que practicaba medicina.

—Te estábamos esperando—le dijo uno de sus compañeros.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrás: hoy mañana han traído el cadáver de una persona; y ninguno de nosotros ha podido hablar la causa que motivó la muerte.

—Eso es extraño.

—Muy extraño; tal vez tú das en el clavo.

—¡Quién sabe!....¿Tiene herida?

—No.

—¿Señales de envenenamiento?

—Tampoco.

—¿Entónces?....

—Nada sabemos: el caso es raro.

—¿Se puede ver el cadáver?

—¡Y por qué no!

—Vamos, pues.

—Nosotros cansados de examinarlo: anda tú solo.

—Bien; no piensen que me da miedo estar solo con un cadáver.

Entró en la sala de disección: allí estaba el cadáver cubierto con una manta.

Arturo arregazó la manta y descubrió las formas mórbidas de una mujer joven.

—Oh—dijo para sí—debe ser hermosa.... ¡Qué epidermis tan tersa y blanca!

Quitó del todo la manta; y sus ojos quedaron con horrible fijeza clavados en el dulce y bello semblante de la muerta....Quiso estrecharla en sus brazos, pero no pudo: se tambaleó como un beodo y cayó al suelo lanzando desgarradores gemidos.

Al oirlos, corrieron sus amigos á donde él estaba; lo levantaron del suelo y le preguntaron qué le sucedía.

El no contestó.

Un temblor extraño agitaba su cuerpo; y sin decir palabra fué á reclinar su cabeza sobre el pecho de la muerta, derramando abundantes lágrimas.

Sus amigos lo separaron del cadáver preguntándole:

—¿Qué tienes?

El no les hacía caso.

—Dejadme—les gritaba llorando—no veis que es ella, mi Virginia, mi novia.....Por compasión, no me llevéis; dejadme morir con ella....

Tenía el rostro densamente pálido; las facciones dolorosamente contraídas y la mirada triste y estúpida.

Lo llevaron á su casa; y no cesaba de gritar:

—Dejadme....si todavía la amo!....

¡Es mi Virginia!....¡Es mi Virginia! ...

Tres días duró en este estado de angustia, de enajenación mental: ayer murió, y hoy lo enterraron."

***

Los comensales se miraron unos á otros.

—¡Vaya una historia curiosa!

—¡Capaz de hacer llorar á un muerto!

—¡Y entristecer á un yankee!

—¡Y beber á un borracho!—agregó un cuarto vaciando de un trago su copa llena de coktail.

El licor había hecho su efecto, y los estudiantes gritaban:

—¡Abajo la tristeza!

—¡Muera el sentimientalismo!

—¡A beber!

—Vamos, Pablo; acepta esta copa de champagne por que sean felices en sus amores de ultratumba los dos protagonistas de tu historia.!

—¡Qué horror!—dijo el joven.

Luego, con el semblante triste y la cabeza baja salió de la pieza dejando solos á sus compañeros: el infeliz se estaba muriendo; y el licor, en vez de disminuir, aumentaba sus penas.

LUCILA GAMERO MONCADA.

Daulí, agosto 26 de 1894.

## LA PERLA.

Por la belleza artística atraídos,
se hallaban una noche reunidos
en la risueña sala de una actriz,
varios nobles, burgueses y banqueros,
y ofuscado entre tantos caballeros
un poeta inmortal, pero infeliz

La reina del proscenio se ostentaba
sobre un diván soberbio, y cautivaba
por su hechizo y su gracia singular;
y lucía, además, aquella noche
sobre el ebúrneo pecho en áureo broche
una joya magnífica y sin par.

Era una hermosa y reluciente perla
que admiraron extáticos al verla,
ponderando su brillo y su valor:
al grado que la dueña del tesoro
"la subasto." exclamó, "quien dé más oro
podrá ser en seguida el poseedor."

Y crecían las sumas y crecían
y posturas enormes proponían,
no cesando un instante de ofrecer;
y la perla valía una fortuna
como jamás pudo costar ninguna,
pero nadie llegábala á obtener.

Uno solo entre aquellos circunstantes
permanecía absorto como en antes,
sin atreverse á proponer quizás:
el pálido poeta, el de los versos
sentimentales, armoniosos, tersos,
rico solo de sueños nada más.

Su silencio al notar dijo la bella:
"Solo vos nada me ofrecéis por ella:
¿no tenéis por ganarla aspiración?"
y el poeta repuso, despertando
como de un sueño, con acento blando:
"¿Queréis por esa perla el corazón?"

"Aceptado!" exclamó con alegría
la predilecta alumna de Talia:
"Vuestra es la joya: habéis triunfado, sí!"
y despertando envidia á los postores,
el divino cantor de los amores
fué el más feliz y afortunado allí.

J. A. DOMÍNGUEZ.

1894.

## CARTA ABIERTA.

SEÑORITA ROSALÍA BRITO.

PRESENTE.

Mi buena amiga:

El último día que nos vimos te prometí escribirte ¿lo recuerdas? Sí, ¿verdad? Bien, pues: cumpliendo mi promesa te dirijo la presente. Dígnate prestarme un momento tu atenciòn: fija por unos breves instantes tus garzos y bellos ojos en las líneas que traza mi débil mano á guisa de entretención.

Mas de alguno, mi querida niña, creo que fruncirá el entrecejo ó arrojará lejos de sí el periódico al ver mi firma al pie de un escrito y lanzará una exclamación por lo que él llamará *mi pretensión de literata.* ¡No importa! adelante! Otras y talvez compatriotas mías de esas que me sonríen y adulan dirán entre dientes: *¡necia!* Hagámoslas á un lado, pues

son mujeres y á todos juntos pidámosles perdón por tan inocente pasatiempo. Pero esta carta es para tí y aún nada te he dicho.

En días pasados me preguntaste cuál era mi opinión respecto á la condición de la mujer: no porque tú lo ignores sino porque la querías oir de mis labios nuevamente; bien pues, el asunto parece difícil; pero no obstante sobre ese punto será la presente.

Yo quiero, para bien de mi patria, que sus mujeres sean en primer término cristianas, humildes y virtuosas; que las guirnaldas del saber ornen la frente de la inocente virgen, que la modestia y el candor la acompañen, que sea, como ha sido, la humilde reina del hogar.

La quiero, más para su casa que para el mundo; allí, haciendo la felicidad de los seres que la rodean, derramando por doquiera amor, consuelo, luz y alégría, la comparo, allá en mi pensamiento á la sacerdotisa del templo de Vesta manteniendo el fuego del templo.

Sin embargo, hay quien abogue lo contrario, quien no desee para la mujer hondureña la humildad; sino por el contrario la soberbia, la altivez, la dureza de sentimientos. Afortunadamente, ese día no llegará, es decir: día en que la mujer hondureña se desprenda de las gracias que la han adornado siempre, que olvide su destino, el respeto que se debe á sí misma y á los suyos, que rechace la autoridad del ser fuerte y se lance sola y sin apoyo por el torbellino del mundo: no, ese día no llegará.

Al solo pensarlo se extremece de terror mi corazón. Imáginate, una mujer sin creencias sin fé, ni caridad: ¿qué será de ella en el momento del dolor, del sufrimiento? ¿á dónde dirigirá sus miradas, cuando su alma se encuentre herida por los rudos golpes de este mundo, puesto que ella no cree en nada, ni espera nada. ¿Al infinito? No, allí la dirigen los creyentes, esos que buscan á Dios con la pupila humedecida á través de la boveda azul, buscando en la oración el lenitivo á sus males. ¿Porque en su descreimiento ha burlado la plegaria, y duda de alcanzar lo que desea? Pues si á ella le falta la fé: ¿que hará entonces? ...Sabéis cuál es el puerto de salvación y el fin para seres tan desgraciados? El suicidio. He ahí el resultado de la falta de creencias, de la duda en la existencia d Dios.

Y desean esto para la mujer hondureña ¡Ah! ese día sería el de nuestra completa ruina.

Si el hombre decepcionado por las grandes fatigas de la vida, por los rudos reveses de fortuna, contrariado en sus principios é ideas, quizá calumniado y acosado de mil maneras, va á su hogar en busca de consuelo y se arroja en brazos de su madre y le pide su consejo, y aquella, en lugar de calmarlo, con súplicas tiernas, de hacerlo reflexionar para que no se desespere, toma las cosas por el mismo lado que él, y con el ardor propio en el temperamento nervioso de la mujer lo desespera más ¿qué será de él? O en el caso de que ese hombre sea ya padre de familia y vaya á arrojarse en brazos de su esposa, de la madre de sus hijos y encuentre en ésta dureza en vez de ternura y altivez en lugar de humildad ¿qué será entonces de ese hombre que pudiera ser buen ciudadano y excelente padre de familia? Caerá en un abismo.

No aconsejéis á la mujer y menos á la hondureña, la soberbia: acordaos de aquello que dice "abatirás á los soberbios y ensalzarás á los humildes."

La mujer para cumplir con su destino noble en la tierra, no necesita para nada la soberbia: eso puede arruinarla, corromperla; pensad, los que tal opináis, que no todas las cabezas son iguales y que os escucharán tímidas doncellas apenas salidas de la adolecencia, que tomandoos por autoridad y siguiendo vuestros consejos serán doblemente desgraciadas.

Concluyo por ahora, mi querida amiga: la presente ha sido bastante estensa. Adiós.

MARÍA GUADALUPE REYES.

Tegucigalpa, Septiembre 12 de 1894.

## RUBEN DARIO.

Tiene tu lira mágica vibraciones
que son cantos venidos del cielo mismo
el formidable estruendo cien cañones,
el rodar de montañas en el abismo,

Altanera tu musa no admite freno,
cruza de los espacios inmensidades:
y tu acento semeja la voz del trueno
en las oscuras noches de tempestades.

Bardo joven herido de desengaños,
huérfano con ambiciones y sin fortuna,
cuyo nombre repiten coros extraños,
desde que el Dios de gloria meció tu cuna.

Soberbio poeta-niño de real grandeza,
precocidad del genio que al mundo asombra:
quien ame el culto santo de la belleza
debiera descubrirse cuando te nombra!

Tus versos perfumados son de colores,
lumbre rósea de frases esculturales:
esperanzas, recuerdos, cuentos de amores,
tristezas de crepúsculos invernales.

¿Quién derramó en tu mente la ciencia suma
con su hermosura y gracia, su luz de auroras,
de qué fuente divina saca tu pluma
ese bello lenguaje con que enamoras?

Trovador caballero del arpa de oro,
favorito adorado de la poesía:
llevas en la cabeza todo un tesoro,
en tu gentil presencia la simpatía!

Lanzas tu vuelo siempre por lo infinito,
amas de lo sublime las cosas grandes:
cuando elevas tu canto se escucha el grito
del águila que se alza sobre los Andes!

¡Cómo estalla en fecunda prosa elegante
la idea esbelta y risueña que en tí germina!
De niño que antes eras, te ha hecho gigante
la inspiración suprema que te ilumina!

Tus estrofas azules, perlas de Oriente,
te han conquistado un nombre que el mundo aclama,
y abrumada de honores tienes la frente,
de coronas y aplausos que da la fama!

F. TURCIOS.

## DE BLANCO.

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿qué cosa más pura que místico cirio?
¿qué cosa más casta que tierno azahar?
¿qué cosa más virgen que leve neblina?
¿qué cosa más santa que el ara divina
de gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla,
con túnica blanca, tejida de niebla,
se envuelve á lo lejos, feudal torreón;
erguida en el huerto la trémula acacia
al soplo del viento sacude con gracia
su níveo pompón!

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy blanca domina la aldea,
las tiernas ovejas triscando se van;
de cisnes intactos el lago se llena,
columpia su copa la enhiesta azucena
y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo, la hostia fulgura:
de nieve parecen las canas del cura,
vestido con alba de lino sutil:
cien niñas hermosas ocupan las bancas
y todas vestidas con túnicas blancas
en ramos ofrecen las flores de abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
escucha los rezos de casta novicia
y el cristo de mármol espira en la cruz,
sin mancha se yerguen las velas de cera,
de encaje es la tenue cortina ligera
que ya trasparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
parece el arroyo de blancas espumas
que quieren, cantando, correr y saltar:
su airosa mantilla de fresca neblina
terció la montaña: la vela latina
de barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
y el agua refresca sus hombros de diosa,
sus brazos ebúrneos, su cuello gentil.
Cantando y risueña se ciñe la enagua
y trémulas brillan las gotas del agua
en su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh! mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura!
Que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estatura de eterna belleza;
de tu hálito blando nació la pureza,
al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega á la vida,
coronas las sienes de fiel prometida,
al paje revistes de rico tisú!
Qué blancos son, reinas, los mantos de armiño!
Qué blanca es ¡oh madres! la cuna del niño!
Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

¡En sueños de amores ufano contemplo
alzarse muy blancas las torres de un templo
y oculto entre lirios abrirse un hogar;
y el velo de novia prenderse á tu frente,
cual nube de gasa que cae lentamente
y viene en tus hombros su encaje á posar.

M. GUTIÈRREZ NÁJERA.

# UN SERMON.

El 1.° de enero de 1901, llegué muy temprano á Roma, y lo primero que hice fué correr á la basílica de San Pedro á prepararme mi lugar para oir el sermón que debía predicar en lengua española un agustino de quien se esperaba gran cosa, según los periódicos. ¡Ay de mí, creí llegar muy á buen tiempo y he ahí que me encuentro poblada de fieles la sagrada nave. Gentes de todos lugares, y principalmente peregrinos de España, Portugal y América, habían madrugado para ir á colocarse lo más cerca posible del orador religioso. Luché, forcejeé; por fin logré colocarme victoriosamente. Grandes cirios ardían en los altares. El altar mayor resplandecía de oro y de luz con sus soberbias columnas salomónicas. Toda la inmensa basílica estaba llena de un esplendoroso triunfo. De cuando en cuando potentes y profundos estallidos de órgano hacían vibrar de armonía el ambiente oloroso á incienso. El gran púlpito se levantaba suntuoso y monumental, aguardando el momento de que en él resonase la palabra del sacerdote. Pasó el tiempo.

* * *

Como un leve murmullo se esparció entre todos los fieles, cuando llegó el ansiado instante. Apareció el agustino, calada la capucha, con los brazos cruzados. De su cintura ceñida, al extremo de un rosario de gruesas cuentas colgaba un santo-cristo de hierro. Arrodillóse enfrente del altar y permaneció como un minuto en oración. Después, despacioso, grave, solemne, subió las gradas de la cátedra. Descubrió su cabeza, cabeza grande, con una bruñida calva de marfil, entre un cerquillo de cabellos canos. Era el fraile de talla más baja que alta, de ojos grandes y relampagueantes. Al pasar, ví su frente un tanto arrugada, y en su afeitado rostro las huellas del más riguroso ascetismo. Alzó la mirada á lo alto. Sobre su frente la paloma mística extendía sus alas. Diríase que el Santo Espíritu inspirador, el que envió á los apóstoles el celeste fuego, se cernía en el augusto y sacro recinto; que la lengua del fraile recibía en su anhelo de suprema purificación, una hostia paradisiaca, en que le infundía el don de elocuencia y fortaleza el divino Paráclito. Fray Pablo de la Anunciación—así el nombre—comenzó á hablar.

Dijo las palabras latinas con voz apagada. Después, después no podéis imaginaros nada igual. Pensad en un himno colosal cuya primera soberana armonía comenzase con el fiat del Génesis y acabase con el sublime espanto del Apocalipsis; y apenas os acercaréis á lo que de aquella boca brotó conmoviendo y asombrando. Eran Moisés y su pueblo delante del Sinaí; era la palabra de Jehová en el más imponente de los levíticos; era el estruendo vasto de los escuadrones bíblicos; las visiones de los profetas ancianos y las arengas de los jóvenes formidables; eran Saul endemoniado y el lírico David calmándole al son el arpa; Absalón y su cabellera; los reyes todos y sus triunfos y pompas; y tras el pasmo de las Crónicas, el Dolor en el estercolero, Job el gemebundo.

Después el salmo terrible ó florido pasaba junto al proverbio sabio, y el cántico luego, todo manzana y rosa y mirra, de donde hizo volar el orador una bandada de palomas. ¡Truenos fueron con los profetas! Terriblemente visionario con Isaías; con Jeremías lloró; lo poseyó el "deus" de Ezequiel; Daniel le dió su fuerza; Oseas su símbolo amargo; Amón, el pastor de Tecua, su amenaza; Sofonías, su clamor violento; Aggeo su adver

tencia; Zacarías su sueño y Malaquías sus "cargas" isaiáticas. Mas nada como cuando apareció la figura de Jesús, el Cristo, brillando con su poesía dulce y altísima sobre toda la antigua grandeza bíblica. La palabra de Fray Pablo modulaba, cantaba, vibraba, confundía, armonizaba, volaba, subía, descendía, petrificaba, deleitaba, acariciaba, anonadaba, y en espiral incomparable se remontaba, kalafónica y extrahumana hasta la cúpula endonde los clarines de plata saludan al Vicario de Cristo en las excelsas victorias pontificales. Mateo surgió á nuestra vista; Marcos se nos apareció; Lucas hablónos del maestro; "el predilecto" nos poseyó, y después que el gran San Pablo nos hizo temblar con su invencible prestigio, fué Juan el que nos condujo á su Patmos aterrador y visionario; Juan por la lengua de aquel religioso sublime, el primero de cuantos han predicado la religión del Mártir de Judea que padeció bajo el imperio de Augusto! Rayo y unción fué la frase cuando pintó los hechos de los mártires, las vidas legendarias de los anacoretas; las cavernas de los hombres pálidos cuyos pies lamía la lengua de los leones del desierto; Pablo el Ermitaño, Jerónimo, Pacomio, Hilarión, Antonio; y los mil predicadores y los innumerables cristianos que murieron en las hogueras de los paganos crueles; y entre ellos, como lises cándidos de candidez celeste é intacta, las blancas vírgenes, cuya carne de nieve consumían llamas ó despedazaban las fieras, y cuya sangre regada en el círculo fertilizaba los rosales angélicos en donde florecen las estrellas del Paraíso. El orador acabó su sermón. "La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. *Amén.*"

***

Al salir, todavía sintiendo en mí la mágica influencia de aquel grandioso fraile, pregunté á un periodista francés, que había ido á la iglesia á tomar apuntes:

—¿Quién es ese prodigio; de dónde viene este admirable Chrysóstomo?

—Como debéis saber, hoy ha predicado su primer sermón, me dijo. Tiene cerca de setenta años. Es español. Se llama Fray Pablo de la Anunciación. Es uno de los genios del siglo pasado. En el mundo se llamaba Emilio Castelar.

RUBÉN DARÍO

# NOTAS.

**Bienvenida.**—El martes, 11 del actual ingresó á esta ciudad, procedente de la de San Salvador, el Señor Doctor don Adolfo Zúniga, uno de los hombres más eminentes de la República por su talento luminoso, que siendo aún muy joven lo unió en amistad estrecha con Gerardo Barrios y Máximo Jerez, dos estrellas de primer orden en el cielo de la patria centroamericana.

Nuestra amiga Mundita está de plácemes. Para ella nuestras sinceras felicitaciones: y para el viejo amigo de nuestros padres un respetuoso saludo y la más afectuosa bienvenida.

---

**Saludo.**—Lo presentamos respetuoso á la apreciable señora doña Josefa Alcántara de García y á su bella é inteligente hija Chepita, que procedentes de Nicaragua llegaron el diez del corriente.—Qué pasen muy contentas en su ciudad natal, donde cuentan con numerosas amistades.

---

**Ofrecemos** las columnas de nuestro semanal á todas las señoras y señoritas que se dedican al cultivo de las Bellas Letras, especialmente á las apreciables Carlota Membreño, Rosalía Brito, Josefa Carrasco, Tránsito Figueroa y Lucila Estrada de Pérez.

A Leonor, Lucila Gamero y Lupe Reyes, que aceptaron gustosas la colaboración en "El Pensamiento" les enviamos nuestro aplauso y nuestros más sinceros agradecimientos, esperando que no dejen de enviarnos con la mayor frecuencia posible sus bellas producciones.

---

PENSAMIENTOS:

En el álbum de un anciano:

"Un viejo que se casa con una joven debe temerlo todo, mientras que una joven que se casa con un viejo no debe temer nada."

TIPOGRAFÍA NACIONAL.—TEGUCIGALPA.